

EL DISCIPULO Y LA CONFIANZA

I

La segunda obligación, que según San Bernardo, tenemos para con nuestros ángeles custodios, y que, apoyándome en el mismo santo Doctor, os exijo para con vuestros maestros, es la confianza.

Y nos exige esta confianza San Bernardo, porque están los ángeles encargados de nuestra custodia: *Fiduciam pro custodia*. Nosotros también, hijos míos, hacemos cerca de vosotros una guardia constante, que nos da—así lo creo yo á lo menos—el derecho de pedir os algo en justa reciprocidad. Cuando predico á los fieles de otras iglesias sobre la confianza en Dios, tengo lo costumbre de presentar dos principales razones: el *poder* y la *bondad* de Dios. Debemos tener confianza, porque se trata de Dios Todopoderoso que *puede* hacernos mucho bien. Debemos tener confianza, porque es Dios de toda bondad, y *quiere* hacernos mucho bien. Y lo que digo de Dios, ¿no puedo decíroslo también, hasta cierto punto, de los que son para vosotros ministros de Dios?

Sí; tenemos para con vosotros la potencia del bien: esto es lo primero. Ya os lo he dicho en otra parte; pero me es muy grato repetirlo: somos aquí, hijos míos, vuestros Moisés. Nos ha dado Dios la misión de sacar os de Egipto y de conducir os hasta las puertas de la tierra prometida. Para esto ha colocado en nuestras manos un poder semejante al del milagro; y el ejercicio de ese poder constituye nuestra ocupación de todos los días: *ego ero tecum, et hoc habebis signum quod miserim te*. Como Moisés, y más aún que Moisés, nosotros conversamos con El en el secreto del Santo de los Santos. Como Moisés, trepamos cada día hasta la cumbre de una montaña en la que el mismo Dios se rinde á nuestra voz, y de ella descendemos para ir en seguida á presentar os las Tablas de la Ley, ha-

ciendo que las leáis. Somos portadores de la vara que hace brotar las aguas que purifican y confortan las almas. Erigimos delante de los corazones heridos, delante de las conciencias mordidas por la serpiente del infierno, la cruz de Dios adornada con la serpiente de cobre: *Qui percussus asperxit eum vivet*. Imploramos el maná, y el Pan del cielo os es concedido. ¡Oh pueblo querido, pueblo de Dios, pueblo nuestro de niños! “¿hasta cuándo se irritarán vuestros corazones como en los días de la prueba de los israelitas en el desierto?” ¿Y á quién os confiaréis, si no tenéis confianza en los que son ministros plenipotenciarios del Todopoderoso?

Y sin embargo, hijos míos, es preciso que os lo diga: este poder que nos ha sido otorgado por Dios no se ejercerá sobre vosotros, sino en cuanto á ello os prestéis vosotros. Con vosotros lo podremos todo; pero nada podremos sin vosotros. Se trata, pues, de un asunto de confianza, y vais á comprenderlo así. Se puede prescindir de la confianza en una educación esencialmente militar, por ejemplo; pero no en nuestra obra de educación moral. La una fuerza la puerta, y se entra por la brecha, si es preciso: *Dico servo meo: Fac hoc et facit, vade et vadit*, dice el capitán del Evangelio. En cuanto á la otra, imposible penetrar, si la puerta no se abre de buen grado: *Sto ad ostium et pulso*; y sólo la confianza posee las llaves. Hé aquí por qué Nuestro Señor Jesucristo invita más que ordena, siendo como es Todopoderoso: “Venid á mí, y yo os dirigiré.” También nosotros queremos dirigirlos, hijos míos; venid, pues, venid á nosotros llenos de confianza, venid todos: *¡Venite ad me omnes, et ego reficiam vos!*

Para mí, hijos míos, la prueba está ya hecha, y la causa juzgada por la experiencia. No necesito más que despertar mis recuerdos del tiempo pasado. Para apreciar y para comparar la suma de bienestar que es posible en una casa de educación donde reina la confianza, y en otra donde la desconfianza oficial, sistemática, ejerce su imperio tiránico

y receloso. Guárdeme Dios de hacer responsables á los pobres niños condenados á ese régimen sombrío, que en manera alguna —me es muy grato decirlo— es el de nuestros colegios católicos. Pero he conocido otros colegios, he frecuentado el trato de otros niños, que eran también míos, y á los cuales amaba también. Y cuando los he visto separados sistemáticamente, durante todo el curso, de sus maestros, que sistemáticamente también se alejaban de sus discípulos; cuando los he observado como dos potencias prontas á llegar á las manos, y que preludivan las hostilidades por simples sospechas, por no decir otra cosa, adivinaba con facilidad cuáles serían las buenas influencias capaces de penetrar en aquellas almas que, contra de las leyes de la naturaleza, se hacían impenetrables. Era aquella, hijos míos, la ocasión de bendecir á Dios al pensar en lo que se ve aquí, en nuestro Colegio y en todos los que se le asemejan: una confianza filial y sencilla que da lugar á todas las confidencias y á todas las expansiones de la vida de familia; jóvenes á los cuales la presencia de su maestro ensancha el corazón, en lugar de cohibirlos, y que van á él, le rodean, le escuchan, le dicen todo, le hacen leer en sus almas como en un libro abierto, permitiéndole así corregir todo lo que puede haber de falso, y permitiéndole asimismo escribir con facilidad todo lo que hay de mejor. En tales condiciones, puede el mal deslizarse por sorpresa en las almas jóvenes y engañadas; pero no llega á profundizar, no permanece mucho tiempo, porque son almas abiertas, y el mal es como la serpiente que se oculta bajo una piedra, mientras no se la expone á la luz del día; pero levantad la piedra, haced que la luz penetre en el escondrijo, y el reptil huye.

No deja de haceros grande honor la confianza en vuestros maestros, que es al mismo tiempo señal inequívoca de honradez respecto de vosotros: que no tienen dificultad en tener confianza en sus superiores, los que no tienen motivo para temer sus miradas. Por el contrario, el peor signo de una conciencia que se malea es la falta de sinceridad

para con aquellos que deben leer en ella. Ved lo que ocurre con el joven que se halla en este caso. Nótase que no mira de frente. Su mirada, que ha perdido la limpidez y la rectitud, teme encontrarse con la nuestra. Si vamos hacia él, se aparta; si nos colocamos á su lado, huye de nosotros; se le interroga, y contesta balbuceando; sus palabras demuestran embarazo, su actitud turbación, y su semblante contrariedad. Su risa es falsa, forzada su alegría; diríase que tiene miedo. ¿Qué le pasa? ¿A quién teme? Seguramente no será á nosotros que en nada hemos cambiado. Es que tiene miedo de sí mismo. Si se oculta, es porque tiene motivo de vergüenza. Si se encierra y huye, es porque guarda algún triste secreto. Cuando Adán hubo pecado, quiso ocultarse de la presencia del Señor; *Abscondit se Adam á facie Domini*. ¡Oh, hijo de Adán! ¿Por qué te ocultas? ¿Qué te ha sucedido? ¿*Adam, Adam, ubi es?*

¡Dios me guarde, hijos míos, de desesperar jamás del alma de un niño! Pero, si la desesperación fuera permitida, en mí tendría lugar al contemplar esos corazones que están en guardia perpetua contra las insinuaciones de la paternidad del sacerdote que va hacia ellos. ¿Qué queréis que haga el médico con los enfermos que no se dejan visitar? ¿Qué queréis que haga el mejor guía con aquellos obstinados que le retiran la mano cuando se les quiere conducir? ¡*Ephpheta, Ephpheta!* clamaríamos nosotros de buena gana, como Jesucristo ante el sordomudo del Evangelio: “¡Abrid vuestros corazones! ¡Abrid vuestros corazones!” Jesucristo tenía el dón de hacer oír á los sordos y hablar á los mudos. A nosotros ¡ay! no nos queda otro recurso que orar, gemir, y después esperar.

No seáis, hijos míos, como esos desdichados de genio arisco que son como ciudadela que se cierra al enemigo por todas partes: no hay más que amigos entre nosotros: *Vos autem dixi amicois*. Además, la desconfianza no es propia de vuestra edad, que es la edad de la expansión; no es propia de vuestra raza, que es la raza de los Francos; ni

es, sobre todo, propia de vuestra religión, que es la religión del amor. Cuando, en el tiempo en que vivió entre los hombres Jesucristo, curaba á los enfermos, les decía: “¡Confianza! vuestra confianza os ha salvado”; ó: “Confianza, hijo mío, tus pecados son perdonados.” Y á otros decía: “Id, y mostraos á los sacerdotes.” Nosotros no os decimos otra cosa, hijos míos: Sed confiados, venid, pues os tendemos la mano; venid, y os conduciremos; nuestros brazos están abiertos para recibirlos.

II

Os he hablado de un tercer deber: deber de abnegación, de reconocimiento: *devotionem pro benevolentia*. Y reconozco de buen grado, hijos míos, que es cosa extraña y delicada, delicada sobre todo, de nuestra parte, exigiros su cumplimiento. El rendimiento de la voluntad y el afecto no pueden exigirse, se inspiran; en una palabra, es preciso ganarlos para tener derecho á pedirlos. ¿No comprendéis que perderían todo su valor esos sentimientos desde el momento en que se convirtieran en obligaciones? Es cierto que los exige San Bernardo, pero los exige para los ángeles. Nosotros, hijos míos, no somos ángeles, demasiado lo sabéis; y en verdad que jamás pretenderíamos solicitar vuestros corazones á título de nuestra perfección. Cierto es que nos esforzamos por que nuestra vida sacerdotal sea aquella luz colocada en lo más alto del candelabro, de tal modo que ilumine á todos cuantos se hallan dentro de esta casa; pero no llegamos, hijos míos, á irradiar ese resplandor de santidad inmarcesible que reluce en los espíritus angelicales, incapaces de todo pecado y confirmados en la gracia de Dios, que cantan sin cesar el *Sanctus* á los pies del Eterno. Pero, notad que San Bernardo no alega esta santidad cuando nos prescribe el reconocimiento para con nuestros ángeles custodios. No habla más que de su benevolencia, *pro benevolentia*; y esta benevolencia la tenemos nosotros como ellos, hijos míos. Los ángeles quieren el

bien de los hombres, también nosotros queremos vuestro bien, y más aún que vuestro bien. A esto nos llevan más que nuestra inclinación, nuestra vocación, nuestra religión, porque al amaros á vosotros, amamos á Dios. ¿Queréis comprenderlo bien?

Un día, la mañana del día en que nos ordenámos, sufrimos ante Nuestro Señor Jesucristo un examen sublime. Queriendo confiarnos su rebaño, el buen Pastor no nos preguntó si éramos ricos, nobles, poderosos ó elocuentes; pero quiso saber como de Pedro, su apóstol, si éramos capaces de amor: *¿Amas me? ¿Amas me?* Y como nosotros le rogáramos que leyese en nuestros corazones, y vería en ellos nuestro amor: *Tu scis quia amo te*, se dignó decirnos que apacentásemos sus corderos: *Pasce agnos meos*. Es decir que, como consecuencia del amor imperecedero que le juramos en aquel gran día, nos encargó que hiciéramos para con vosotros, hijos míos, lo que hubiésemos querido hacer para con EL. Así tuvo lugar un pacto entre el cielo y la tierra, en virtud de una substitución que unió nuestro corazón á vosotros, del mismo modo que estaba unido irrevocablemente á EL. Debemos, pues, amaros en Dios, y debemos amaros como Dios: este fue nuestro juramento.

Sobre todo debemos amaros para Dios. No se trata aquí de esos amores naturales que, cuando buscan un corazón, lo buscan para sí mismos, y se apropian su conquista. Nosotros conquistamos sólo para nuestro Rey. Como San Pablo, si tenemos la ambición de ganaros, y de ganaros á todos, es con el fin de entregaros al Corazón de Jesús; *Ut omnes lucrificiam Christo*. Nada para nosotros, todo para EL. Cuando tengo el honor de conversar con vuestros maestros acerca de estos deberes religiosos, suelo decirles, y ellos me comprenden perfectamente, que las almas tienen alas, y que por lo tanto es á la vez un crimen y una crueldad atraerlas, aprisionándolas con un afecto humano como en un recinto estrecho, por más pura y por más noble que sea esa ternura, y por más honrosa que pueda ser esa cau-

tividad. Porque la verdadera aspiración de las almas es el cielo, y hacia el cielo por lo tanto es preciso provocar su vuelo; no tenemos derecho á retenerlas junto á nosotros más que el tiempo necesario para lanzarlas al infinito de Dios.

Menos aún pretendemos bienes ni favores de vosotros. Amor desinteresado nos exige para vosotros Dios Nuestro Señor. La recompensa á nuestros trabajos y á nuestras siempre crecientes solicitudes las encontraremos en más elevado lugar. Acordaos, hijos míos, de la respuesta del ángel á Tobías y á su familia que, de rodillas ante él, le rogaban aceptase la mitad de sus bienes: “No, dijo, soy uno de los que asisten al trono del Altísimo, donde hay un alimento invisible que basta para mi sustento...” Ese alimento de los que se hallan ante Dios y que consiste, según Nuestro Señor, en hacer la voluntad de su Padre, conocido nos es á los sacerdotes, y nos basta como al ángel de Tobías. Si hay algo terrenal, que nos seduce y nos atrae con fuerza, es la salvación de vuestras almas. Y de buena gana contestaríamos á todas las ofertas que en la tierra se nos hacen, en la forma en que lo hizo el solitario San Nilo al jefe de una horda de bárbaros que le decía: “Hombre de Dios, pídemelo que quieras, que yo te lo concederé.” Y el santo, colocando sus manos sobre el pecho del conquistador: “¡Oh rey! le dijo, de todo tu imperio sólo deseo la salvación de tu alma.”

Lo que llama San Bernardo benevolencia de los ángeles custodios, y lo que llamo yo deseo de vuestro bien, es, entre nosotros, la pasión dominante. No puedo, hijos míos, revelároslo todo; pero puedo haceros presente el testimonio de lo que todos los días escucho á propósito de vosotros, en las confidencias que recibo de cada uno de vuestros maestros. Es un testimonio del más ardiente deseo de servirlos en Dios y para Dios, á todas horas, en cualquier empleo y á cualquier precio. Y cada vez que el nombre de uno de vosotros brota de los labios de cualquiera de vues-

tros maestros es, poco más ó menos, con las siguientes palabras de invariable é imperecedera caridad: “¿De qué manera lograremos hacerle todo el bien posible?”

Y ahora, hijos míos, os pregunto yo: ¿Queréis este amor sagrado? ¿Os halláis prestos á pagarlo con vuestro reconocimiento? Os he dicho ya que no nos es necesario, pero que sin embargo ha de sernos muy grato; y en los tiempos en que vivimos, al lado de tántas y tántas amarguras que nos vienen de fuera, nos alentará vuestro reconocimiento, que será para nosotros algo así como un adelanto á cuenta de nuestra eterna recompensa. Pero nó; no se trata aquí sino de vosotros. ¿Queréis conseguir esa nobleza y esa distinción que consiste en no quedar en deuda de bondad con los que son buenos para vosotros? ¿Sois capaces de esa generosidad y de esa grandeza de alma? ¿Sabrías llevarla, en caso necesario, hasta la abnegación y el sacrificio? No respondáis con palabras, sino con actos; y de este modo ¡qué cosas tan grandes y tan bellas podremos hacer con vosotros! Todo se consigue con el amor. Unámonos los unos á los otros por esa cadena eléctrica, y venga lo que viniere, hemos de ver aún días hermosos. Hemos de ver cómo se forma ese espíritu de sociedad, cuya importancia es grande, porque, así comprendido, es espíritu de fuerza. Aquí entre nosotros obrará maravillas de trabajo, de obediencia y de piedad, y fuera de aquí será motivo de edificación para nuestros amigos y de terror para los enemigos de nuestro colegio. De este modo se nos otorgará una gran bendición. La de la unión, que hace no sólo la fuerza sino también la santidad.

¡Qué ejemplos tan hermosos nos relata la historia de esta sociedad de afecto, de confianza, de reconocimiento y de voluntad rendida de los discípulos para con su maestro! ¡Qué imágenes tan bellas las de aquellas escuelas en que el maestro es padre, en que los discípulos son hijos, desde Sócrates en los jardines de Academo, hasta San Agustín en su retiro de Casiaco! ¡Y os nombraría veinte

más! Pero dejemos la antigüedad; hablemos del tiempo presente; voy á relataros el testimonio de un contemporáneo ilustre, de un poeta que durante corto tiempo fue hombre de Estado, que había sido cristiano, que quiso volver á serlo, y que en realidad jamás dejó de serlo, según se deduce de los sentimientos de que él mismo se declara deudor para con su madre primero, y para con sus maestros después. Hé aquí lo que de éstos dice en uno de sus libros:

“Cuando ingresé en el Colegio de Jesuítas de Belley, escribe Mr. de Lamartine, pronto noté la diferencia que existe entre la educación venal que se da á niños desgraciados por industriales de la enseñanza que buscan sólo el lucro, y la que se da en nombre de Dios y se inspira en una religiosa abnegación de la que el cielo sólo es la recompensa. No estaba allí mi madre, es verdad, pero encontré allí á Dios, y con Dios la oración, la pureza, la caridad, una dulce y paternal vigilancia, el tono benévolo propio de la familia, y por todas partes niños amados y amantes, con rostros que respiraban felicidad. Agrio y duro era mi carácter, y sin embargo me dejé enternecer y seducir; me doblegué de buena gana al yugo que hacían suave y ligero aquellos excelentes maestros. Todo su arte consistía en interesarnos en los progresos de la casa, y en dejarnos llevar por nuestra propia voluntad y por nuestro entusiasmo. Un espíritu divino parecía animar con el mismo soplo á maestros y á discípulos. Habían encontrado sus alas nuestras almas, y volaban hacia el bien y hacia la belleza con natural anhelo. Hasta los más rebeldes dejábanse arrastrar por el movimiento general. Allí aprendí que para hacer hombres no es necesario violentarlos, sino inspirarlos.

“El mismo sentimiento que animaba á nuestros maestros nos animaba á todos. Tenían el arte de hacer que nos fuera grato aquel sentimiento, y de crear en nosotros la pasión de Dios. Con esta palanca apoyada en nuestros corazones lograban levantarlo todo. Sin hacer ostentación

de amor hacia nosotros, nos amaban verdaderamente, como aman los santos sus deberes, como aman los obreros sus obras, como aman los soberbios su orgullo.

“Comenzaron por hacerme feliz, y no tardaron en hacerme sabio. Se reanimó en mi alma la piedad que empezó á ser móvil de mi ardor para el trabajo. Contraje íntimas amistades con niños de mi edad tan puros y tan dichosos como yo. Estas amistades hacían de nosotros una familia. Llegué demasiado tarde á las clases, pues pasaba ya de los doce años; pero pronto alcancé á los primeros. En tres años lo había aprendido todo. En las vacaciones regresaba á mi casa cargado de premios, y me consideraba dichoso por mi madre; en cuanto á mí, jamás sentí orgullo. No envidiaban mis triunfos mis compañeros ni mis rivales; parecíanles naturales, y veían que no eran para mí motivo de vanidad. Para ser completamente feliz faltábanme únicamente mi madre y la libertad.”

MONSEÑOR BAUNARD

CARIÑOSO RECUERDO

El 31 de Marzo próximo pasado murió en esta ciudad el buen ciudadano, cristiano fervoroso y notable institutor, D. AURELIO MARTÍN CABRERA.

Se educó en la Escuela Normal de Cundinamarca, dirigió con provecho varias escuelas y fundó, por último, el *Instituto San Luis*, que regentó hasta el último instante.

Era el Sr. CABRERA hombre de muy clara inteligencia, instruído á fondo en la difícil arte de enseñar; de intachables costumbres, firmes creencias católicas; incansable en el trabajo, humilde y modesto en su vida. Rasgo dominante en él era la devoción acendrada á la Virgen Santísima, á quien llamaba á boca llena Madre suya.

El Sr. CABRERA me dio las más expresivas é inmerecidas muestras de estimación y afecto. Procuré en vida del